

desfiles procesionales que aunaban fe y tradición, cultura y arte, llegaron a ser desde los años sesenta, un atractivo mediático y turístico de gran importancia, como se constata tanto en estos documentos de la memoria ciudadana como en la prensa local, testigos de un tiempo pasado que aún hoy se hace presente.

Y finalmente, y a modo de síntesis, en el cuarto capítulo, un itinerario de imágenes, desde “El drama sacro” hasta la “Comunicación”, describirá el marco escénico de la Semana Santa en sus desfiles procesionales, a través de fotografías captadas por la mirada de singulares fotógrafos, “herederos de la mejor tradición realista y humanista, cuya estética fotográfica nos acerca a composiciones alegóricas, espirituales y gentiles, donde a partir de una diagnosis fotográfica se muestran los datos identificativos, la descripción del motivo fotográfico y los elementos sintácticos o compositivos, del espacio y tiempo de la representación a modo de semiótica teatral”, como apunta la coordinadora del libro. Por tanto, la reconstrucción de la memoria se recrea en ‘*Imágenes y escenarios de la Semana Santa vallisoletana, 1958-1984*’, con 63 fotografías, además de una exposición de 26 obras restauradas digitalmente que se ha podido visitar desde el 29 de marzo al 1 de junio. Según Nieves Sánchez, comisaria de la misma, “se refleja entre otros aspectos, lo que ha supuesto el trabajo de estos fotógrafos, a caballo entre la química y la cibernética, que los tiempos actuales ponen a nuestra disposición, con el uso de las tecnologías aplicadas a la fotografía. Se redescubre el mundo de la fotografía mediante la recuperación, reutilización y difusión, consiguiendo así que esta reutilización cree nuevo conocimiento y nuevos significados”.

Como resumen y como se recoge en el libro, estamos ante un análisis iconográfico e iconológico desde el punto de vista de la comunicación y de la historia del arte, lo que nos lleva a reflexionar sobre el significado de las obras o pasos representados, las tallas y su autoría, pero también de los protagonistas que interactúan en esta gran obra teatral. Son pasos, cofradías y espectadores los que, en una ceremonia ordenada, atraviesan luminosamente el espejo del tiempo y nos transmiten el imaginario de la Semana Santa y su simbolismo implícito. Desde este punto de vista, podemos afirmar que la creación se recrea desde la

reflexión que enriquece la acción. Como la cámara fotográfica registra y fija las imágenes, o como la visión de un cronista que cierra el bucle del tiempo, ya que “llegar es volver, así como haber nacido es comenzar a morir”.

Emiliano Blasco Doñamayor
Universidad San Pablo CEU

Antología de crónica latinoamericana actual

Darío Jaramillo Agudelo, ed.

Alfaguara

Madrid, 2012

650 pp.

ISBN: 978-84-204-0895-8

En todo momento, antes y ahora, la prensa de los países hispanos ha ofrecido muestras de la calidad que infundían los periodistas a sus escritos y cada nación cuenta con periódicos de referencia y con textos que llaman la atención por su atractivo, finura y valor (dicho sea en su doble sentido). El colombiano Darío Jaramillo ha pensado que valía la pena hacerse eco de esta realidad y contribuir a que sean tenidos en cuenta, sacándolos de los diarios y revistas donde vieron su primera luz, para ofrecerlos en un libro (que es la manera de que los lectores aprecien realmente su maestría: al fin y al cabo el periódico es un producto efímero, de usar y tirar). De esta manera surgió la presente *Antología de crónica latinoamericana actual*, que reúne más de cincuenta muestras preparadas por profesionales procedentes sobre todo de Argentina, México, Colombia, Perú y Chile. Alguno de la República Dominicana, Venezuela, Uruguay, El Salvador y Bolivia. Ninguno de Cuba, Ecuador, Panamá o Paraguay, de donde no hubieran faltado escritos que merecieran la pena.

Con tanta abundancia y diversidad se comprende fácilmente que se entremezclen toda clase de temas y de

enfoques, casi siempre dotados de interés. Es imposible destacar todo lo que nos llama la atención: la información sobre la Inca Kola, la bebida nacional peruana, a quien Coca Cola no ha conseguido desbancar; el seguimiento a un alcalde mexicano, que se presenta dispuesto a no permitir que los narcos campen por su territorio, sin que al final logremos averiguar en qué lado se sitúa; la inagotable ansia de expandir conocimientos que lleva a una periodista a introducirse en un club de intercambio de parejas para sufrir esta experiencia; el revivir el trauma de un pueblecito colombiano, torturado y masacrado por los paramilitares primero y por la guerrilla después, sin más culpa que el hallarse justamente en medio del territorio que ambos se disputan; la admiración hacia un mago capaz de las mayores habilidades, a pesar de que dispone de una sola mano; la descripción del carnaval carioca, ese imperio de los sentidos...

Lo que no acabamos de comprender es que se tilde de crónica a este tipo de textos. Desde el planteamiento académico de los géneros periodísticos, el que se halla más asentado y contrastado, solo cabe hablar, en buena parte de los escritos aquí reproducidos, de reportajes o entrevistas: eso sí, con una notable carga de investigación, de interpretación y de literariedad, que le dan una consistencia que no suele ser habitual en una prensa como la nuestra donde impera la prisa, la rutina y la falta de exigencia. No tiene sentido el hablar de periodistas y literatos como dos actividades que apenas se rozan, cuando desde el principio los hay que caminan con las manos unidas y hasta se abrazan y besan. A la literatura de nuestros días le ha venido de perlas el introducir el peso de la realidad más pegada al suelo (la novela sin ficción, por ejemplo), de la misma manera que al periodismo le da un toque de esplendor el detenerse y contemplar el mundo con los ojos sosegados y creativos de la literatura.

La eficacia comunicativa más acendrada, que es propia del periodismo de batalla, es algo que se encuentra ineludiblemente en la mayoría de los textos que se imprimen cada día: servirán para que el lector tenga noticia puntual y exacta de lo que acaba de suceder, pero no hay que esperar que tales escritos alcancen una permanencia en la mente de aquel. Serán leídos para obtener la información

útil que contienen, pero serán sepultados por la avalancha de noticias que les suceden y no tendrá sentido el buscar una relectura para gozar de sus cualidades.

Pero la prensa admite otra clase de presentación de los textos. Los hay cuya elaboración es intensa y espaciada, dotada de voluntad de estilo y con una autoexigencia que la coloca muy por encima de lo que es habitual en los periódicos. Es una parte sustanciosa de la oferta, pero eso no quiere decir que haya que recurrir exclusivamente a ella, sino que se sitúa como la guinda en el pastel, como el remate grato y provechoso que los consumidores aprecian en lo mucho que vale. Será como la “reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”, como afirma Carlos Monsiváis. O “un cuento que es verdad”, en palabras de García Márquez. O un “género que tiene un pie en la ficción y otro en la notaría”, según Mario Jursich.

Estas definiciones inteligentes no tienen que aplicarse necesaria y exclusivamente a la crónica, porque lo mismo cabría decir del reportaje o de la entrevista. Parece que haya un empeño, sobre todo entre los cultivadores hispanos de lo que ellos llaman crónica, por dignificarla como el gran género literario de los periódicos. Puede serlo desde el momento en que su autor lo pretenda y ponga los medios para ello, pero a estas alturas igualmente lo pueden ser esos otros dos géneros que hemos citado. Aquí hay crónicas, es cierto (por ejemplo, “El sabor de la muerte”, de Juan Villoro), pero lo que abunda es otra cosa. Hay entrevistas de personalidad o semblanzas que no tienen nada que ver con los productos adocenados con que nos encontramos con demasiada frecuencia en los periódicos, pues han sido bien trabajadas y sus autores no se han limitado a dejar caer unas cuantas preguntas cansinas. Hay reportajes bien planteados, desarrollados con gracia, rematados con habilidad y finura. El mismo Villoro ensalza la crónica después de asegurar que “es la encrucijada de dos economías, la ficción y el reportaje” y, en otro momento, que “de la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los hechos inmodificables...” (p. 578).

“El pueblo de gemelos”, del chileno Juan Pablo Meneses, es un reportaje curioso y muy logrado, como “Librero de viejo andante”, del peruano Toño Angulo Daneri, es una entrevista que llama la atención por la forma como se pone de relieve la irreplicable personalidad del personaje. O “Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet”, del chileno Cristóbal Peña, es una noticia reportajeada. ¿Calificarlas de esta manera es un demérito y solo alcanzan honor en el caso de que habláramos de crónica? Nada de eso. Lo relevante es la carga de consistencia y de literariedad de que están dotadas. Eso es lo realmente medular, por encima de los nombres: la capacidad de insuflar profundidad y elementos estéticos a un texto es lo que le convierte en algo atractivo y, sobre todo, duradero. Tal vez el problema se encuentra en el hecho de que no hayamos encontrado un término que designe de forma directa y esclarecedora este tipo de textos, tan literarios, tan subjetivos, pero al mismo tiempo afanosos de hurgar en lo que realidad parece ocultar (y que la mayoría de los periodistas no pierden el tiempo en sacar a la luz). De esa manera la palabra “crónica”, con la ambigüedad con que siempre ha sido utilizada, se presta a que sigamos empleándola para cualquier cometido, lo que nos parece un error. No se acentúa tanto esta derivación en una antología anterior, la de Graziela Pedraza: *Grandes crónicas periodísticas* (Córdoba, Argentina, Comunicarte, 2008). Aquí hay más abundancia de textos que se sitúan en la línea que siempre se ha aplicado a la crónica (están representados Elena Poniatowska, José Martí, William H. Russell, Edmundo de Amicis, John Hersey, Jaime Bedoya, John Reed...

Pero esta es una discusión en la que no quiere entrar el editor, pues para eso sentencia que “el tema lo debaten los profesores y es bueno que los profesores hagan esto, pues así no tienen tiempo de meterse en más cosas” (p. 15). No frivolicemos. Una enfermedad es lo que es por encima del nombre que le demos, pero es bueno que académicos y clínicos la denominen de la misma manera para abordar su curación desde una terminología uniforme, que no les distraiga de lo realmente importante. Ahí, como en el tema que nos ocupa, solo es cuestión de aplicar criterios asentados y basados en el sentido común. No merece la pena que nos detengamos en pavadas: en definitiva, es una discusión tan insustancial que nos deja mucho tiempo para

ocuparnos de las cosas verdaderamente trascendentes, como es por ejemplo ayudar a que los alumnos aprendan a escribir buenas noticias, crónicas, reportajes o entrevistas con la dignidad y el primor que nos es exigible a todos los profesionales; para llegar, si posible fuera, a la excelencia de la mayoría de los trabajos incluidos en este libro.

Juan Cantavella Blasco
Universidad CEU San Pablo

La gestión de la comunicación en los museos de Madrid: auditoría de relaciones públicas

Mónica Viñarás Abad

Editorial CERSA

Madrid, 2011

667 pp.

ISBN 978-84-15341-00-0

Sin duda alguna, una de las buenas noticias para los amantes del Arte y la Comunicación es la aparición de la obra de la profesora Mónica Viñarás Abad, de la Universidad San Pablo CEU de Madrid, titulada ‘*La gestión de la comunicación en los museos de Madrid: auditoría de relaciones públicas*’. Publicado en Madrid, por la editorial CERSA, esta obra muestra con todo detalle la gestión de la comunicación en unas instituciones que viven un profundo cambio en las últimas décadas, lo que conlleva la necesidad de gestionar la comunicación, así como las relaciones públicas, de una manera innovadora para este sector. En estos momentos, los museos e instituciones culturales demandan una gestión más pluridisciplinar y más profesional de la comunicación y las relaciones públicas, en una sociedad que exige nuevos modelos de relacionarse, sobre todo en los ámbitos y contextos digitales.